

Ventanas a la ubicuidad

MIGUEL ESCUDERO*

En medio de una encarnizada lucha por el poder *digital* en los medios de comunicación, se ha celebrado durante el mes de febrero en Madrid un congreso de usuarios de *Internet*. Como se sabe, esta red informática es el mejor anuncio con que contamos hoy día de las anunciadas “autopistas de la información”. Está previsto que dentro de cuatro años el número de conectados a esa red rebasará los mil millones. ¿Cómo serán entonces los congresos de *internautas*? ¿Compartirán como ahora el mismo espacio físico? ¿Y si lo hacen, por qué lo harán? Las últimas ediciones del premio anual que otorga una publicación española de electrónica reúne a sus jurados de Madrid y Barcelona sin que

ninguno de ellos deba tomar el “puente aéreo”. Provistos de adecuados medios audiovisuales, se ven y se oyen, comparten el tiempo pero no el espacio físico, aunque cada vez más van a tener la sensación de *estar ahí*. Las pantallas a que se adhieren permiten abrir ventanas a un exterior hasta ahora inaccesible.

Recuérdese que acabamos de celebrar el primer centenario de una proyección cinematográfica ofrecida a un público general. Nótese cómo han cambiado la vida de las gentes las radios, primero, luego los transistores, y más tarde los televisores; tantos modelos que llegan a los lugares más modestos. Todos esos medios de comunicación han acabado haciéndose

* Profesor Titular de Matemática Aplicada de la Universidad Politécnica de Catalunya.

imprescindibles para la mayoría de los hombres, los cuales no podrían imaginarse viviendo sin esos aparatos. Ahora bien, hasta ahora asistíamos en forma pasiva, desde casa o desde un bar, a las conversaciones y debates que, ante unas cámaras, políticos, artistas, deportistas o periodistas sostenían a miles de kilómetros de distancia entre sí. (El mayor espectáculo que pudimos contemplar, ocurrió, sin embargo, hace casi treinta años, cuando Neil Armstrong, treinta y nueve años de edad, puso sus pies en la Luna. El mundo y su palabra *cambiaron*, al integrar un nuevo sentido). Lo que ahora se airea (ventana, *window*, procede de viento) son unas transformaciones técnicas que, Dios mediante, nos conducirán a una nueva época, *la era digital* (así llamada por el generalizado y capital tratamiento de señales mediante selectivas secuencias de dígitos o códigos).

No debemos quedarnos apresados por palabras que nos exceden y que ponen en evidencia nuestros conocimientos o capacidades. Hay que tener en cuenta que las posibilidades técnicas que se abren están muy por encima de las necesidades íntimas de la población y que el término *digital* no es sinónimo de *interactivo*. Sin embargo, vamos a ser empujados a intervenir de forma activa, ya no se trata de que juguemos con un regocijante *karaoke* (con el que cualquiera puede sentirse importante, al oírse respaldado por una potente banda) o que se aúnen, en grabaciones, voces presentes con otras ya pasadas en el tiempo o lejanas en el espacio, ni siquiera que zapeemos para ver algo de todo lo que se echa por televisión o que nos seduzca y obsesione la disponibilidad de los teléfonos móviles, ostentados con frecuencia en los lugares y momentos más inoportunos.

No parece tan claro, como algunos nombres prestigiosos pregonan, que podamos ver *próximamente* los telediaros a “nuestro modo”, empezando por donde queramos y saltándonos secciones, tal como ahora hacemos con la prensa escrita. Sí es cierto, en cambio, que de

forma inminente vamos a vernos ante una programación televisiva con una *carta* nunca antes vista. ¿Pero tendremos ganas de escoger nuestro propio gusto? ¿No estaremos, en la hora del retiro diario, cansados de elegir y preferiremos acomodarnos al menú *casero*, viendo lo que todos, *lo que hay que ver*?

La expansión técnica va a permitir llevar a casa la cabina electoral, se supone que será un derecho y no un deber. ¿Tendremos para entonces listas abiertas cuando vayamos a las urnas a votar por nuestros representantes políticos? Éstos no tendrán excusa si no nos convocan para refrendar muchas de sus decisiones que nos afectan local y globalmente. ¿Querremos hacer uso de esas posibilidades o bien, hastiados y perezosos, renunciaremos a tener gustos propios, distintos de los que nos dan como *hechos*?

Es evidente que la nueva interactividad que ya asoma va a trastocar las actuales estructuras y sus relaciones. Y hay que estar preparados para ellos, no sólo mentalmente (si así fuera, iríamos a parar a un fatalismo inoperante). En su *Cara y cruz de la electrónica*, Marías ya advirtió hace una docena de años que “si uno no usa una nueva técnica, como la usan los demás, queda fuera del mundo real y, por consiguiente, a merced de los demás”. Pero no vamos a angustiarnos por lo que está fuera de nuestro alcance. En toda sociedad se tiende a la división del trabajo, de modo que se mancomunen esfuerzos. Nadie debería ignorar, por otro lado, que los vehículos que manejamos o nos transportan, y los aparatos eléctricos que nos rodean, salen de una realidad artificial, ultranatural. Pero su sentido *impletivo* nos rebasa prácticamente a todos los mortales.

En 1843, un abogado neoyorquino que no tenía aún cuarenta años de edad, afiliado al Partido Demócrata y aficionado a la arqueología, publicó una voluminosa obra en dos tomos, titulada *Viaje a Yucatán*. En ella, John Lloyd

Stephens daba cuenta de “los vacilantes restos de cuarenta y cuatro ciudades antiguas” que había encontrado en el país de los mayas, junto al excelente litógrafo británico Frederick Catherwood, ingeniero del primer ferrocarril de la América hispana, en Panamá. En aquella fecha, hacía veintitrés años que México se había independizado de España, y Yucatán se había unido y separado por dos veces de México. Ya entonces, Stephens hablaba de “las continuas y constantes convulsiones de las repúblicas hispanoamericanas” (lo de latinoamericanas vendría poco más tarde, por cuenta francesa). Pero lo que aquí quiero destacar de este hombre “moderno”, que mencionaba ya los exámenes químicos de fragmentos de huesos, son unas líneas que desvelan, de pasada, prepotencia y cierta necesidad. Cuenta en una ocasión que su amigo el doctor Cabot arrancó las ataduras de un herido “y procuró que la mujer aprendiese a restablecer la circulación interrumpida, por medio de fricciones, o estregando el brazo con la palma de la mano; *pero ella no tenía más idea de la circulación de la sangre, que de la revolución de los planetas*” (el subrayado es mío).

Quienes pugnan por marcar los pasos de la próxima revolución tecnológica, y controlar su mercado, dicen detestar la palabra dominio y preferir la de liderazgo, lo cual puede antojarse hipócrita y vanidoso. Sus modelos, nos dicen, son Richard Ford y Thomas Alva Edison. No sé, estos dirigentes del siglo XXI quieren aparentar moverse en otra dimensión. A la tradicional distinción física de las capas de la Tierra: Atmósfera, Hidrosfera y Litosfera, la Ecología aportó una distinción biológica con el concepto de Biosfera, que introduce la influencia de los seres vivos. En este siglo, el paleontólogo y jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin ha aportado otra distinción antropológica con el concepto de Noosfera, que incorpora la visión de la Tierra sometida a la intervención humana junto a todos los fenómenos humanos y humanizados. Llegados a

este punto, parece razonable preguntarse por el proyecto de transformación de las vidas de los hombres y mujeres en vidas personales. Si con Marías, partimos de considerar que el hombre es “el animal que tiene una vida humana” y ésta es una estructura que se descubre al analizar *mi* vida, la de cada cual, tendríamos que la vida humana nos presenta a los hombres como campos de *posibles variaciones humanas en la historia*, como un conjunto de lo que desde 1970 se denomina estructuras *empíricas*.

La técnica está apelando al don de la ubicuidad, al afán de estar en todas partes, en varios sitios a la vez. Este deseo, ¿puede alcanzarse al margen de un *cuerpo espiritualizado*, esto es, dotado de las propiedades de claridad (o gloria), impassibilidad, sutileza y agilidad? Pero esto es ultraterreno.

El poeta Margall, que postulaba la “palabra viva”, pedía racionalizar nuestras palabras esperando un gran anhelo de expresión. Así, decía, sería posible “el puro imperio del verbo creador, *la infinita transformación de la tierra en el cielo*, que es el anhelo más hondo del verdadero progreso humano”. ¿Cómo podríamos conectar con todas las “palabras vivas” que han sido, son y serán? En primer lugar, cabría rechazar todas las “palabras muertas”. ¿Y *dónde* podríamos considerar el conjunto de fenómenos relativos al habla humana que no implican intervención de la persona *que es*? Podría hablarse de Parlosfera. Este término me lo transmitió en una conversación mi amigo el catedrático emérito Francisco Marsá para denotar el ámbito donde *flotan* las palabras que no alcanzan repercusión. Pero ¿es esto posible? Se puede hacer perder el tiempo a los demás, se puede tergiversar unas palabras, enredar su comprensión y *hurtar* a otros la lectura de unos escritos. Pero la voz que clama en la soledad inaudible, ¿*dónde queda*? Al hablar, escribió Federico García Lorca, “se enganchan mis palabras en el aire como corchos en el agua”.